

y haciendo nuevos votos por su pronta llegada. El pontífice, débil y de sensibilidad enfermiza, al verse tan agasajado, se olvidó de su cansancio y se ofreció espontáneamente á apresurar su viaje, ganando dos días, lo cual fué muy bien recibido. Dejó á Lyon acompañado de los mismos homenajes, y atravesó por Moulins y Nevers, saliéndole por todas partes al camino la multitud regocijada para pedirle bendiciones.

Debía Pío VII detenerse en Fontainebleau, pues así lo había ordenado Napoleón para poder salir al encuentro y proporcionarle dos ó tres días de descanso en aquel delicioso retiro. Tenía dispuesta al efecto para el día 25 de noviembre una partida de caza, que debía dirigirse por el camino que el Padre Santo traía, y á la hora en que sabía que el cortejo pontifical debía llegar á la cruz de Saint-Herem, dirigió hacia aquel punto su caballo para encontrarse con el papa, el cual llegó con corta diferencia al mismo tiempo. Presentóse á él inmediatamente, y se abrazaron. Halagado Pío VII con esta prueba de impaciencia, contemplaba lleno de emoción y de curiosidad á aquel nuevo Carlomagno, á quien consideraba sin cesar, hacía algunos años, como instrumento de Dios en la tierra. Rayaba en su mitad el día, y los dos soberanos tomaron el carruaje para trasladarse al palacio de Fontainebleau, dando Napoleón la derecha al jefe de la Iglesia. La emperatriz, los grandes del imperio y los jefes del ejército esperaban formando círculo en el umbral del palacio para recibir á Pío VII y tributarle sus homenajes. Éste, aunque habituado á la pompa romana, no había visto nunca un espectáculo tan magnífico; con aquella comitiva fué conducido á las habitaciones que se le habían destinado, y después de algunas horas de descanso, cumpliendo con las reglas de etiqueta entre soberanos, pasó á visitar al emperador y á la emperatriz, quienes inmediatamente le devolvieron la visita. Cada vez más tranquilizado y más halagado por el lenguaje seductor de su huésped, que, lejos de querer intimidarle, sólo deseaba serle grato, llegó á cobrarle una afición que se perpetuó después hasta los últimos días de su vida, cuando, tras largas y terribles vicisitudes, le contemplaba ya héroe vencido y desgraciado. Fuéronle presentados sucesivamente los grandes dignatarios del imperio; recibiólos con cordialidad suma y con esa afabilidad peculiar á los ancianos igualmente seductora. El semblante noble y benigno, la mirada penetrante de Pío VII, le granjeaban todos los corazones, y él mismo se mostraba conmovido por el efecto que producía. No se habló de ninguna de las dificultades que aún faltaba zanjar, por consideración á su fatiga y á la gran sensibilidad de su alma, y se le dejó entregarse de lleno á las emociones que había experimentado y al júbilo de un recibimiento que miraba como el triunfo de la misma religión.

Llegó el momento de encaminarse á París y de entrar por fin en aquella ciudad formidable, donde fermentaba hacía un siglo la inteligencia humana, y donde hacía algunos años se regulaban los destinos del mundo; y el 28 de noviembre, después de tres días de descanso, el emperador y el papa subieron á un mismo carruaje para trasladarse allí, ocupando éste siempre la derecha. Fué el pontífice alojado en el pabellón de Flora, ya dispuesto para recibirle. Se le dejó en libertad todo el día 28 para descansar enteramente, y al siguiente le fueron pre-

sentados el Senado, el cuerpo legislativo, el tribunalado y el Consejo de Estado. Los presidentes de estas cuatro corporaciones le dirigieron discursos celebrando con frases elegantes y dignas sus virtudes, su prudencia y su noble condescendencia para con la Francia. Entre aquellas arengas, fugitivas como la sensación que las produjo, merece especial mención la de Mr. de Fontanes, grave y duradera como las verdades que en ella se contenían. Decía así:

«Santísimo Padre:

»Cuando el vencedor de Marengo concibió en medio del campo de batalla el designio de restaurar la unidad religiosa y de restituir á los franceses su antiguo culto, preservó de una total ruina los principios de la civilización. Este gran pensamiento, concebido en un día de victoria, engendró el concordato, y el cuerpo legislativo, del cual tengo el honor de ser órgano cerca de Vuestra Santidad, convirtió el concordato en ley nacional.

»¡Día memorable, igualmente caro á la sabiduría del hombre de Estado y á la fe del cristianismo! Entonces fué cuando la Francia ofreció la más útil enseñanza al linaje humano, abjurando gravísimos errores y confesando á la faz del universo que las ideas irreligiosas son ideas antipolíticas, y que los atentados contra el cristianismo son atentados contra la sociedad.

»La restauración del antiguo culto produjo en breve la de un gobierno más propio de los grandes Estados, y más conforme con las costumbres de la Francia. El sistema social entero, desquiciado por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó nuevamente en una doctrina inmutable como el mismo Dios. La religión era la que en otro tiempo civilizaba á las sociedades incultas y salvajes; pero hoy era más difícil reparar sus ruinas que cimentar su cuna.

»Debemos este beneficio á dos prodigios combinados: al de la Francia, que produjo uno de esos hombres extraordinarios enviados de tarde en tarde á socorrer á los imperios próximos á sucumbir; y al de Roma, que vió al mismo tiempo brillar en el trono de San Pedro todas las virtudes apostólicas de los siglos primitivos. Su afable autoridad se insinúa en todos los corazones, y un homenaje universal debe acompañar á un pontífice tan sabio como piadoso que conoce á la vez lo que debe abandonarse al curso natural de las cosas humanas y lo que reclaman los intereses de la religión.

»Esta religión augusta viene con él á consagrar los nuevos destinos del imperio francés, y reviste hoy el mismo aparato que en la época de los Clodoveos y de los Pipinos.

»Todo á su alrededor ha cambiado; sólo ella permanece inmutable.

»Ve ella desaparecer las familias de los reyes y de los vasallos; pero así en las reliquias de los tronos que se hunden como en las gradas de los tronos que se levantan, admira siempre la manifestación sucesiva de los eternos designios y los obedece con confianza.

»Jamás presentó el universo más imponente espectáculo; jamás recibieron los pueblos más sublimes instrucciones.

»Ya pasó el tiempo de la rivalidad entre el imperio y el sacerdocio; ambos se dan hoy la mano para repeler

las doctrinas funestas que amagaron subvertir totalmente la Europa. Cedan éstas para siempre al doble influjo de la religión y de la filosofía reunidas. Espere-mos que este anhelo no salga frustrado; porque ni la Francia mostró jamás genio igual en política, ni el trono pontifical ofreció nunca al mundo cristiano un modelo más respetable y elocuente.»

Conmovió al papa profundamente este noble lenguaje, el más bello que hablarse pudo desde los tiempos de Luis XIV. El pueblo de París, que se había agolpado bajo sus ventanas, pedía con instancia que se dejase ver, pues ya había cundido por toda la capital la fama de su afabilidad y noble aspecto. Mostróse Pío VII repetidas veces en el balcón de las Tullerías, siempre acompañado por Napoleón, fué saludado con ruidosas aclamaciones, y vió al mismo pueblo parisiense que había consumado las escenas del 10 de agosto y adorado á la diosa Razón esperando arrodillado su bendición pontifical. ¡Singular inconstancia de los hombres y de las naciones, que prueba la necesidad de adherirse á las grandes verdades en que descansa la sociedad humana, y fijarse en ellas, porque no hay dignidad ni reposo en esos caprichos pasajeros que se abrazan y se abandonan con una precipitación deshonrosa!

Habíanse desvanecido las sombrías aprensiones que tan dura y amarga hicieron la resolución del papa. Pío VII se contemplaba al lado de un príncipe lleno de solicitud y consideraciones para con él, que unía el atractivo al genio, y en el seno de una gran nación que volvía á las antiguas tradiciones del cristianismo siguiendo el ejemplo de un glorioso caudillo; y se lisonjeaba de poder contribuir algo con su presencia al poder de este venturoso impulso. Pero aún le estaban reservados algunos disgustos, ya por lo tocante al ceremonial, ya por parte de los obispos constitucionales que después de la reconciliación con la Iglesia se habían puesto á dogmatizar sobre el sentido de la reconciliación. Era-n estos cuatro: Lecoz, arzobispo de Besanzón; Lacombe, obispo de Angulema; Saurine, obispo de Estrasburgo, y Remond, obispo de Dijón. Los convocó Mr. Portalis, y les manifestó de orden del emperador que si deseaban ser presentados al papa, escribiesen una carta de reconciliación, redactada de acuerdo con el obispo Bernier y los cardenales que componían la comitiva pontifical. Quisieron, ya á última hora, ingerir en dicha carta una expresión por otra; lo advirtió el papa, y se limitó á hacer su observación, dejando al emperador el cuidado de acabar aquellas desagradables disputas. A pesar de esto, recibió á todos los individuos del clero francés con semblante igualmente afable y paternal. Quedaban por resolver las cuestiones relativas al ceremonial. Había el papa admitido las principales modificaciones, fundadas en el estado actual de las costumbres; pero lo relativo á la coronación le afectaba extraordinariamente, pues tenía empeño en conservar intacto el derecho de sus predecesores de colocar la corona en la frente del emperador. Mandó Napoleón que no se insistiese en esta materia, y dijo que él se encargaba de arreglarlo todo en la misma ceremonia.

Acercábase la víspera de aquella gran solemnidad, esto es, el día 1.º de diciembre, y Josefina, que había sabido agradar al Padre Santo por una especie de devoción muy parecida á la de las italianas, pasó confi-

dencialmente á ver á éste y á hacerle una revelación de que esperaba sacar gran partido; le declaró que no estaba casada con Napoleón más que civilmente, por razón de que las ceremonias religiosas habían estado prohibidas en la época de su enlace. Como singular testimonio de que ni el trono mismo estaba exento del influjo de las costumbres de la época, Napoleón, al paso que había querido que su hermana la princesa Murat saliese del estado idéntico al suyo en que se hallaba, rogando al cardenal Caprara que le diese la bendición nupcial, se había negado siempre á hacer lo mismo por



La emperatriz Josefina

su parte. Escandalizado el papa de una situación que á los ojos de la Europa era un verdadero concubinage, pidió inmediatamente conferenciar con Napoleón, y le declaró en esta entrevista que si bien podía consagrarle, por cuanto la Iglesia al tratar de coronar á los emperadores no había jamás investigado el estado de su conciencia, no le era lícito, al coronar á Josefina, dar la consagración divina á un concubinage. Irritado Napoleón contra la emperatriz por aquella indiscreción interesada, temiendo violentar al papa, á quien reconocía inexorable en los negocios de fe, y no queriendo por otra parte alterar una ceremonia cuyo programa había ya cundido entre el público, consintió recibir la bendición nupcial. Josefina, ásperamente reprendida por su esposo, pero interiormente satisfecha de lo que había conseguido, recibió en la capilla de las Tullerías, la noche misma de la víspera de la coronación, el sacramento del matrimonio. El cardenal Fesch casó al emperador y á la emperatriz con el mayor sigilo, sirviendo de testigos Mr. de Talleyrand y el mariscal Berthier; y este secreto permaneció fielmente reservado hasta el



divorcio (1). A la mañana siguiente, aún podían observarse en los ojos encendidos de Josefina las señales del llanto que le habían costado sus penas interiores.

El domingo 2 de diciembre, con un día de invierno frío, aunque sereno, la misma población de París á la cual hemos visto cuarenta años después precipitarse, con un tiempo parecido al encuentro de los restos mortales de Napoleón, se agolpaba para presenciar el tránsito del cortejo imperial. Salió primero el papa á las diez de la mañana, y mucho antes que el emperador, para que las dos comitivas no se embarazasen una á otra; acompañábale un numeroso cabildo, revestido con los más suntuosos ornamentos y escoltado por varios destacamentos de la guardia imperial (2). Ocupaba todo el contorno de la plaza de Nuestra Señora un pórtico ricamente decorado, construido para recibir al bajar de sus carruajes á los soberanos y príncipes que habían de trasladarse á la antigua basílica. El palacio arzobispal, exornado con un lujo digno de los huéspedes que en él habían de albergarse, estaba dispuesto para que el papa y el emperador descansasen en él algunos momentos. Después de una breve detención, entró el papa en la iglesia, donde estaban reunidos hacía ya algunas horas los diputados de las ciudades, los representantes de la magistratura y del ejército, los sesenta obispos con sus cabildos, el senado, el cuerpo legislativo, el tribunal, el Consejo de Estado, los príncipes de Nassau, de Hesse y de Baden, el archicanciller del imperio germánico, y por último los ministros de todas las potencias. Habiéndose condenado la puerta principal de Nuestra Señora por estar arrimado á ella el trono imperial, se entraba por las puertas laterales, situadas á las dos extremidades de la nave transversal. Al presentarse el papa en la antigua basílica de San Luis, precedido por la cruz y las insignias del sucesor de San Pedro, todos los asistentes se levantaron y una orquesta de quinientos músicos entonó solemnemente el cántico consagrado de TU ES PETRUS, produciendo un efecto súbito y profundo. El papa, con paso lento, fué primeramente á arrodillarse ante el altar y á colocarse después en un trono que le estaba preparado á la derecha del mismo. Fueron á saludarle, uno después de otro, los sesenta prelados de la Iglesia francesa, y á todos los acogió con mirada benévola, sin hacer diferencia alguna con los constitucionales. Se esperó después que llegase la familia imperial.

La iglesia de Nuestra Señora estaba decorada con sin igual magnificencia. Descendían de la bóveda al pavimento ricas colgaduras de terciopelo sembrado de abejas de oro; al pie del altar había unos sillones sencillos que debían ocupar el emperador y la emperatriz antes de su coronación; y en el fondo del templo, en la extremidad opuesta al altar, había, como un monumento dentro de otro, un trono inmenso erigido sobre veinticuatro gradas, y entre columnas que sostenían un frontón, destinado para el emperador coronado y su esposa. Tal era la costumbre establecida en los dos rituales romano y francés: el monarca no se sentaba en el trono hasta después de ser coronado por el pontífice.

(1) Este secreto fué una de las causas de la anulación del contrato matrimonial en 1809. (N. del T.)

(2) Precedíale su camarero, caballero en una mula, según costumbre, llevando la cruz romana. (N. del T.)

El emperador se hizo esperar mucho tiempo: única circunstancia importuna en aquella gran solemnidad. Fué la causa el temor del que había dispuesto la ceremonia de que pudieran encontrarse las dos comitivas; no obstante, la actitud del papa en aquella larga espera fué un tanto penosa. Partió el emperador de las Tullerías en un carruaje todo revestido de espejos, rematando en unos genios de oro que sostenían una corona, carruaje popular en Francia, y que el pueblo de París ha recordado siempre al verle después en otras ceremonias. Llevaba un traje, dibujado por el pintor más célebre de aquel tiempo, asaz semejante al del décimosexto siglo, con ferreruelo y bonete con pluma, y sólo debía revestir el traje imperial en el mismo palacio arzobispal, en el momento de entrar en la iglesia. Escoltado por mariscales á caballo y precedido por los grandes dignatarios, en carruaje, se encaminó pausadamente por toda la calle de San Honorato hacia el muelle del Sena y la plaza de Nuestra Señora, entre las aclamaciones de un pueblo inmenso, arrebatado de gozo al ver convertido en emperador á su general favorito, como si lo hubiese hecho todo de repente una vara mágica y él con sus pasiones inconstantes y su bélico heroísmo no hubiese tenido en aquello parte alguna. Así que llegó Napoleón al pórtico arriba descrito, echó pie á tierra, pasó al palacio arzobispal, tomó la corona, el cetro y el manto imperial, y se dirigió á la basílica (3). A su lado llevaban la gran corona en forma de tiara, copiada de la de Carlomagno, pues por entonces no llevaba ceñida más corona que la de los césares, que consistía en un sencillo laurel de oro y que hacía admirar en sus severas facciones toda la belleza de las medallas antiguas (4). Entró en la iglesia al son de una música estrepitosa, se arrodilló y se dirigió en seguida al sillón que debía ocupar antes de tomar posesión del trono. Entonces principió la ceremonia. Estaban depositados sobre el altar la corona, el cetro, la espada y el manto: hizo el papa las unciones de costumbre en la frente, los brazos y las manos del emperador, y después de bendecir la espada, que le ciñó, y el cetro, que puso en su diestra, fué á tomar la corona. Al observar Napoleón su ademán, cumpliendo la promesa que había hecho de zanjar cualquier dificultad que pudiera ocurrir en el acto mismo, tomó con decisión pero sin la menor violencia, la corona que tenía ya en sus manos el pontífice y se la ciñó por sí propio; acto que, comprendido por todos los espectadores, produjo un efecto inexplicable. Tomando después Napoleón la corona de la emperatriz y acercándose á Josefina que estaba delante de él prosternada, la puso con visible enterneci-

(3) Con el manto imperial, que era de púrpura sembrado de abejas de oro, revistió también, según estaba prevenido en el ceremonial, la túnica blanca de lino. (N. del T.)

(4) El mariscal Serrurier llevaba en un cojín el anillo de la emperatriz, Moncey la bandeja donde debía depositarse el manto, Murat la corona. Kéllermann llevaba la corona de Carlomagno, el mariscal Perignon su antiguo cetro, Lefebvre su grande espada, Bernadotte el collar de oro de la Legión de Honor, Beauharnais el anillo imperial y Berthier el globo. Así resulta del libro de ceremonias de la consagración que mandó imprimir el emperador con toda magnificencia, y en el cual se ve minuciosamente dibujado por el pintor Isabey el traje prescrito á cada uno de los que en aquella ceremonia figuraron, desde Napoleón hasta el último heraldo, con la descripción de lo que cada cual debía hacer. (N. del T.)

miento sobre las sienes de aquella compañera de su fortuna, deshecha en llanto en aquel instante, y acto continuo se dirigió hacia el gran trono. Subió á él seguido por sus hermanos, que le sostenían el manto imperial. Entonces el papa pasó, según costumbre, al pie del trono, para bendecir al nuevo soberano y cantar aquellas mismas palabras que resonaron en los oídos de Carlomagno dentro de la basílica de San Pedro, cuando el clero romano le proclamó de súbito emperador de Occidente: VIVAT IN ÆTERNUM SEMPER AVGVSTVS. El grito de ¡viva el emperador! mil veces repetido respondió á este cántico en las bóvedas de Nuestra Señora, y uniéndose el estampido del cañón, anunciando al pueblo de París el instante solemne en que Napoleón era definitivamente consagrado según todas las fórmulas convenidas entre los hombres.

Luego le presentaron al archicanciller Cambaceres el texto del juramento y un obispo los Evangelios, y con la mano sobre el libro de los cristianos pronunció la fórmula en que se encerraban los grandes principios de la revolución francesa. Se cantó una misa mayor de pontifical, y ya muy adelantado el día volvieron las dos comitivas á las Tullerías entre un gentío inmenso.

Tal fué aquella augusta ceremonia, que puso el com-

plemento á los principios monárquicos que volvía á profesar la Francia; y no fué en verdad uno de los mayores triunfos para nuestra revolución el ver á un soldado producido por ella, consagrado por el papa, que abandonaba por su causa la capital del mundo cristiano. ¿Con qué título más digno pueden presentarse las pompas de esta especie á la honorífica mención de la historia? Si la templanza en la ambición, ocupando aquel trono juntamente con el genio, hubiese proporcionado á la Francia una libertad suficiente y limitado á tiempo el campo de las empresas heroicas, aquella ceremonia hubiera consagrado para siempre, es decir, por siglos enteros, á la nueva dinastía. Pero nuestro destino era llegar por otras vías distintas á un estado político más libre, y á una grandeza por desgracia harto reducida.

Quince años hacía que había empezado la revolución. Tres años monarquía, doce años república, se convertía ahora en monarquía militar, aunque siempre fundada en la igualdad civil, en la participación de la nación en las leyes, y en la libre admisión de todos los ciudadanos á las grandezas sociales restablecidas. Así vivió quince años la sociedad francesa, sucesivamente desquiciada y reconstruída, con la rapidez propia de las pasiones populares.